

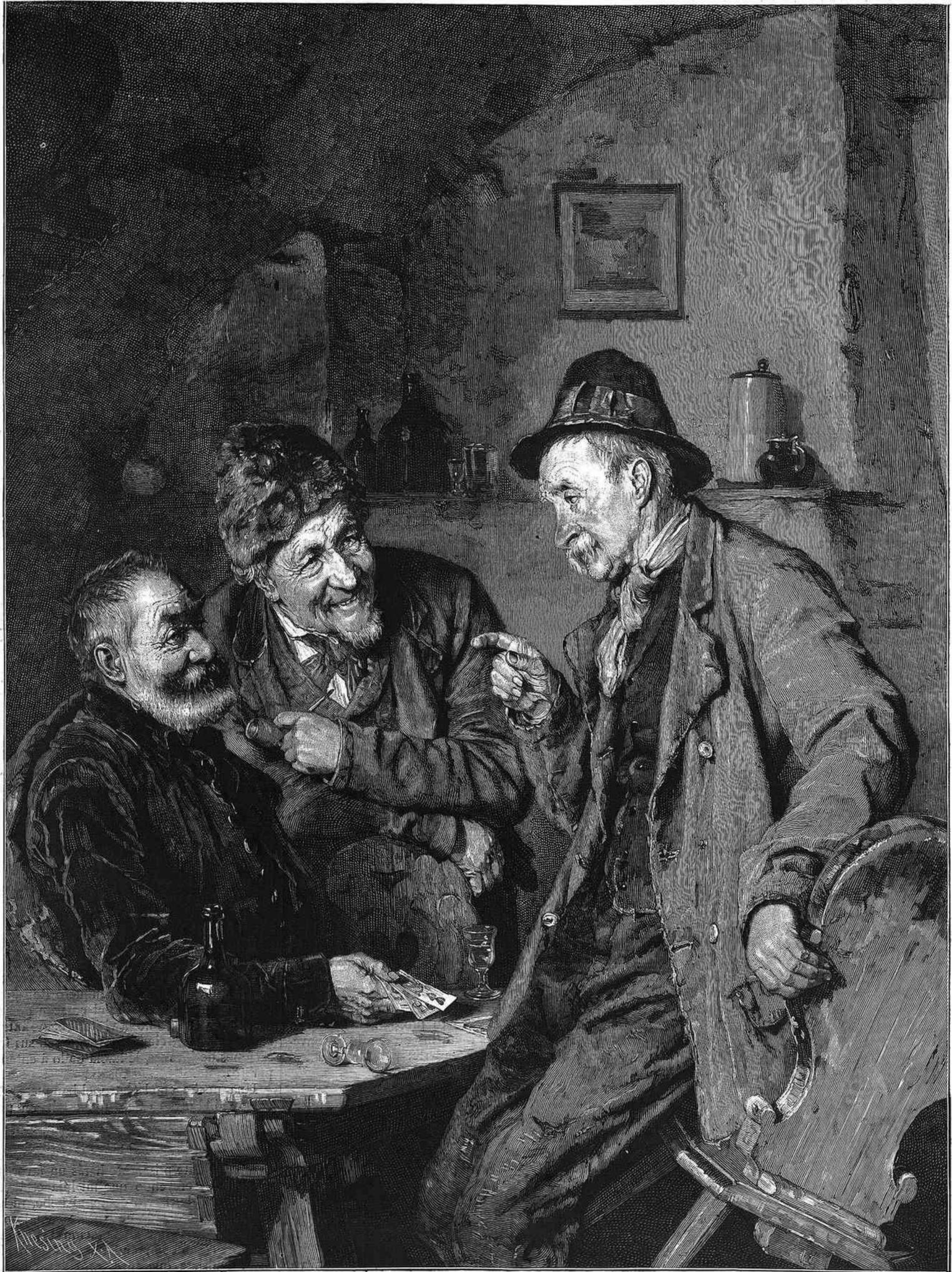


AÑO IV

← BARCELONA 14 DE SETIEMBRE DE 1885 →

NÚM. 194

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¿JUGARÁ LIMPIO?... cuadro por E. Grutzner

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—IR POR LANA... (continuación), por don Ramon de Novelda.—LA ÚLTIMA NOTA, por don E. de Lustoñó.—LOS NUEVOS CUERPOS SIMPLES, por don José Rodríguez Mourelo.

GRABADOS: ¿JUGARÁ LIMPIO?... cuadro por E. Grutzner.—DESPEDIDA AFECTUOSA, cuadro por J. R. Wehle.—ESPERANDO PARROQUIANOS, dibujo por W. E. Marshall.—EL CERCADO AJENO, cuadro por Jonnard.—LOS NIÑOS PESCADORES, cuadro por Jonnard.—EL DOCTOR RAFAEL SEIJAS, canceller de la Legación de los Estados Unidos de Venezuela en Madrid.

NUESTROS GRABADOS

¿JUGARÁ LIMPIO?... cuadro por E. Grutzner

Este lienzo es una maravilla de expresion: basta fijarse en el semblante de sus tres personajes para comprender cuáles son los sentimientos de que se hallan poseídos. El que tiene aún los naipes en la mano, el ganancioso sin duda, contempla á su contrincante con aire de triunfo entre compasivo y burlon. A su lado, un miron, de esos que nunca faltan donde se juega y se bebe, sonríe con aire tan mefistofélico que da lugar á sospechar de la imparcialidad é indiferencia con que haya desempeñado su pasivo papel. Y por último, el jugador perdidoso, que no puede contener un movimiento de impaciencia, tampoco puede ocultar cierta sospecha, cierta duda venenosa, respecto á la lealtad con que su competidor le ha ganado los cuartos. Si la sospecha es ó no razonable, cosa grave es de resolver; mas, en caso afirmativo, la fullería no habrá ofrecido grandes dificultades, porque los ojillos y la nariz del víctima revelan que su culto á Mercurio ha sido intermediado con frecuentes libaciones á Baco.

Grutzner ha producido una verdadera obra de estudio, ejecutada á conciencia, que nos recuerda la escuela holandesa, con ciertos toques enérgicos que parecen imitados de Velazquez.

DESPEDIDA AFECTUOSA, cuadro por J. R. Wehle

Representa la escena el sitio más solitario y frondoso de un jardín ó parque del gusto italiano que privaba á últimos del pasado siglo.

Son personajes del drama *él* y *ella*, dos jóvenes que probablemente habrán leído á Florian y que á su manera confeccionan un idilio.

El argumento no puede ser más trivial y sencillo: *ella* ha acudido á la cita de *él*; éste citará de nuevo á aquella. Al día siguiente, en el mismo lugar, los mismos actores se repetirán las mismas palabras que hoy se han dicho.

Como hoy, se jurarán mañana amor eterno y prolongarán su despedida con una insistencia de *adioses*, parecida á la del duo de tiple y tenor del *Rigoletto*, motivo muy real en el orden amatorio, pero muy pesado y monótono en el orden musical.

Y se volverán á dar la mano con el mismo ceremonioso cariño, y durante la noche, conjugando el mismo verbo, repetirán en el salon del castillo la escena que por la tarde habrá tenido lugar en el parque. Y siempre el mismo respeto, y siempre el mismo compás, porque, después de los escándalos del tiempo de Luis XV, Juan Jacobo ha puesto en moda los amores honestos y las damas de la corte ordeñan vacas en el Trianon.

A esa época se refiere el cuadro de Wehle, y de aquí cierta falta de calor que en él se observa, dado lo arriesgado del asunto.

ESPERANDO PARROQUIANOS, dibujo por W. E. Marshall

Impresion de viaje ejecutada con facilidad y que da una idea bastante aproximada del paisaje en que tiene lugar la tranquila accion reproducida.

Una joven alquiladora de asnos aguarda parroquianos para visitar algunos lugares pintorescos de esa costa uniforme, en la cual se estrellan las olas sin rumor y ni una sola roca interrumpe la monotonía de la abrasada arena. ¿Qué atractivo tendrá una expedicion borricol en tales condiciones? Probablemente el que le presten sus componentes, lo cual se parecerá á lo que antiguamente ocurría á los viajeros en España: llegaban á una venta, preguntábanle al ventero:—¿Qué hay de comer?—Lo que usted traiga,—contestaba muy formal el interpelado.

Así sucede en la mayor parte de las excursiones: lo mejor de ellas es el buen humor que cada excursionista aporta al acervo comun: suprimase este elemento y las cabalgaduras asnales impondrán su gravedad al acontecimiento.

EL CERCADO AJENO, cuadro por Jonnard

Bien dijo cierto poeta que nada hay tan dulce y sabroso como la fruta del cercado ajeno. Tal debe haber parecido á las rapazas de nuestro cuadro, porque, ó mucho nos engañamos, ó dejándose seducir por la tentacion, acaban de cometer un delito calificado, hurto con escalamiento.

Sus pocos años, y más que sus pocos años su ninguna instruccion, atenúan su falta, mas ¡guay si su fea conducta queda impune! La inteligencia mal gobernada, léjos de enfrenar los aviesos instintos, se convierte en temible auxiliar de ellos; bien como vemos que la sagacidad de la raposa secundaria admirablemente su inclinacion al robo y á la carnicería. ¡Y sin embargo, se da tan poca importancia al cultivo de esa inteligencia, sobre todo en los distritos rurales!...

Apena contemplar á esas criaturas de bello semblante, en el cual el vicio no ha impreso aún ninguna de sus infamantes huellas, desconocer el principio de lo *tuyo* y lo *mío*, sin el cual no hay sociedad posible. Pero ¡es tan natural lo que las ocurre! Vinieron al seno de la familia como los hongos vienen al bosque; de día vagan por los campos, como los pájaros vagan por el espacio... ¿Tiene algo de particular que el pájaro descienda sobre el campo cuya espiga aviva su hambre?... ¡Es tan fácil saltar al otro lado de una tapia!... ¡Es tan irresistible la tentacion que produce el sazonado fruto pendiente de la elástica rama cuando no se comprende lo que quiere decir *el cercado ajeno!*...

LOS NIÑOS PESCADORES, cuadro por Jonnard

Esta graciosa composicion parece antítesis de la anterior. Muy jóvenes aún, verdaderos niños, dos hermanitos se dedican á la pesca, obteniendo de su trabajo exiguo pero honesto resultado. En el semblante del niño se trasparenta ya algo de la energía del hombre: hay en su continente toda cierta expresion que deja presentir al futuro marino. La niña, donosa en extremo, sigue con verdadero interés la maniobra de su hermano: ella, á su vez, se desposará más tarde con un hombre de mar é inculcará á sus hijos las máximas aprendidas de sus padres: Dois ha proveído espléndidamente á las criaturas honradas y laboriosas.

Aun cuando esta obra de Jonnard carezca de pretensiones, no deja de impresionar de una manera grata: su misma sencillez la recomienda, aparte estar ejecutada con facilidad y tener toda ella una entonacion que la hace merecidamente simpática.

EL DOCTOR RAFAEL SEIJAS,

CANCELLER DE LA LEGACION DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA EN MADRID

Con motivo de la llegada á Madrid del conocido general Guzman Blanco, regenerador de Venezuela y que ha sido nombrado por esta República su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca del gobierno de S. M., bueno será que digamos algo del canceller de la Legacion que le acompaña, del sabio venezolano don Rafael Seijas, cuyo retrato aparece en nuestras páginas.

Empezó á servir á su país en el ramo de relaciones exteriores el año de 1846, recién salido de las aulas universitarias. Entró como simple oficial en el despacho, ascendió bien pronto á secretario y en diferentes administraciones ocupó el alto puesto de ministro, debiendo su elevacion á la inteligencia y á las virtudes que lo caracterizan.

Antiguamente sus admiradores le llamaron el immaculado. En las cuestiones de Venezuela con otros países ha llevado á la discusion la mayor suma de luz, de razon y de convencimiento. Si hubiera nacido en Europa, donde son conocidos algunos de sus trabajos, habria compartido la fama de los más notables estadistas de este continente.

Habla con maestría el italiano, el latin, el francés, el inglés y el alemán; por justicia probada es miembro de la academia venezolana correspondiente de la española de la Lengua, y está condecorado con medallas de muchas naciones.

Es cuanto podemos decir hoy del sabio y virtuoso sujeto que acompaña en la Legacion á su digno jefe el ilustre general Guzman Blanco, uno de los hombres más eminentes de la América española.

IR POR LANA...

(Continuación)

—Pero hace poco...
—Hace poco era otra historia; hace poco no se trataba de mí.
—Sí.
—No, yo no lo sabia. Tú me hablabas de no sé qué y yo de... de...

—De la poesía.
—¡La poesía!... Eso es muy vago, muy novelesco, muy aéreo, y en el momento en que tú vuelves á lo palpable, á lo real, no hay motivo para que yo permanezca en las regiones de lo imposible.

—Pero...
—Vamos, hazte cargo, te quiero bien, pero hazte cargo; hablemos como amigos. Deseo tu prosperidad y haré lo posible por ayudarte. Creo inútil insistir en lo inconveniente de tu peticion; sería ofenderte: permíteme únicamente que me ria un poco...
—Todo lo que V. quiera.

—Además, tú eres listo, sagaz, sabes donde te aprieta el zapato; mi hija es el pretexto; el fin, la meta, el *desideratum* la dote ¿eh? ¿Te he calado?... ¡Ah! ¡qué idea! ¡qué gran idea! Tengo, tienes, tenemos tu negocio...
—¿Qué dice V.?

—Eres guapo, joven, inteligente; quizá ganas con perder á Rosario. ¡Qué gran idea!
—Pero me hará V. el favor...
—Oye y admírame. El banquero Ranz necesita un cajero...

—Eso he oido; el que tiene es muy viejo y ya no sirve.
—Hace un momento me preguntaba si sabia alguno de confianza. Te propongo á él, respondo por tí, ganas en sueldo y categoría y punto concluido.

—Pero bien, ¿qué tiene que ver...?

—¡Imbécil! ¿No adivinas? Ranz tiene una hija preciosa, morena, con unos ojos que encienden yesca... y te abro camino para que des el golpe que aquí has errado.

—¡Ya! pero ¿y su mujer?
—Su mujer es una buena señora, cándida como una paloma... de tí depende catequizarla... la señorita de Ranz tiene dos millones de dote por lo ménos y además una tia rica, á quien heredará. Ya ves si es negocio... ¿eh, qué tal? ¿Sé yo algo?

—¿Cuándo me presenta V.?
—Dentro de dos horas. Iremos al casino.
—¿Y porqué no ahora mismo?
—¡Ah picarillo! Bien te conocia yo. Te falta tiempo para poner los piés en los estribos. ¡Oh dinero! ¡oh positivismo! ¡oh decadencia de los sentimientos y de las costumbres! Cuando yo muera ¡adios poesía! Arréglate un poco, ven á buscarme é iremos en seguida.

—¡Ah señor de Ruiz, gracias! Espero deber á V. mi porvenir.

—Ya me darás las gracias más despacio. Hasta luégo. Joaquin salió del despacho, y en un corredor encontró á Rosario sollozando; quiso hablarla, pero ella se fué precipitadamente. Lo habia oido todo.

Joaquin se hizo amar de Rosario en virtud de los contrastes, por que eran dos antípodas. Ella inocente, dulce, resignada, rubia, tímida é ignorante del valor del dinero: él sagaz, impetuoso, moreno, emprendedor y pensando en el porvenir.

Rosario amó la primera y Joaquin no pudo desdeñar aquella pasion inocente y profunda de una linda muchacha millonaria. Las relaciones amorosas se establecieron y continuaron con la posible discrecion.

Un dia Rosario dijo á Joaquin:
—Voy á hablar á mi padre de nuestro amor.
Él se echó á reir y contestó:
—No hagas tal locura. Se pondria en guardia y te buscaria un novio que no seria yo.

—No conoces á mi padre: desprecia el dinero.
—¡Pobre Rosario! no conoces el mundo.
—¿Crees, pues, que debemos esperar?
—Sin duda.

—Pero ¿me amarás siempre?
—¿Te pregunto si dejarás de ser bonita?
—Papá dice que eres interesado.
—Tiene razon: aspiro á tí, que eres todo mi interés.
—No, por palabras no quedarás mal. ¿Pero cuando...
—Déjate guiar por mí: ya llegará la ocasion.

Sin embargo, la ocasion no llegaba. Era Joaquin demasiado listo para no haber comprendido el verdadero carácter del banquero y no se dejaba mistificar por los extravagantes gustos y huecas palabras de su principal. No obstante, á fuerza de orle decir tantas tonterías llegó á creerle capaz de hacer una, aunque no fuera más que por consolidar la reputacion de hombre desinteresado. Arriesgóse, pues, á hablar al padre de su amada, no confiando demasiado en el éxito de su peticion, pero tomándolo como base para obrar posteriormente.

Sabemos lo que pasó: el modo con que el banquero pensó en eludir la demanda, y el desencanto de la pobre Rosario creyendo infiel á su amante. Cuando huyendo de su pérfido Eneas, se encerró en su cuarto á llorar y pensar en su desgracia, trató de darse ánimo y hasta se esforzó en creer que habia oido mal y no comprendió la conversacion de su padre y de su amado y que el complot iniciado entre ambos era una cosa absurda. ¡Pobrecilla! ¡Tan cándida! ¡tan enamorada!

IV

Joaquin tomó posesion de su plaza de cajero en casa del banquero Ranz. Su ex-principal hizo como que no se ocupaba de él y no volvió á mentarle en presencia de su hija, creyendo que era el mejor medio de que ella olvidase aquel amorío.

Una noche Ruiz se acercó á su antiguo dependiente, que ojeaba periódicos en el casino y le preguntó en voz baja:

—¿Como va tu negocio?
—Perfectamente; estoy en camino.
—¡Bravo! Ya sabia yo á qué atenerme.

Este diálogo se repitió dos ó tres veces durante mes y medio.

Entre tanto la pobre Rosario se desesperaba. No cabia duda: Isabel, la hija del banquero Ranz, su amiga de la infancia, le habia robado el corazon de su amante; y la prueba era que ya no la visitaba como ántes. Se explicaba este desvío y retraimiento, porque en sus íntimas conversaciones de jóvenes, le habia dado á entender su interés por Joaquin.

Una noche en el teatro, el banquero Ruiz, desde su palco vió al joven cajero que estaba en una butaca y en un entrearco bajó á hablarle.

—¿Cómo va eso?
—Bien.

—Pues date prisa. Me harás un favor, te lo confieso, porque voy creyendo que mi hija está verdaderamente enamorada de tí. No come, ni bebe, ni habla ni pabla. Se me ha presentado un partido ventajoso para ella; pero temo los llores, las lamentaciones. Ya me conoces, soy sensible como comprenderias cuando me hiciste tu peticion. Quisiera que te casaras ántes que Rosario; esto simplificaría la cosa. En fin, ya te harás cargo.

—Sí señor.
—¿No dices que todo va bien?

—El melon está maduro, mas no sé cómo calarle. No quisiera que me pasase lo que con usted.

—Trata de encontrar un medio. ¿Para qué sirve la imaginación?

Al día siguiente el banquero creyó muy diplomático sondear a su hija e ir preparando para sus proyectos matrimoniales.

—¿Hace mucho tiempo que no has visto a Isabelita Ranz?—la preguntó.

—Desde principios del mes pasado.

—Estará muy ocupada. Segun parece se casa con Joaquín, nuestro antiguo dependiente.

Rosario se fué precipitadamente. El llanto la ahogaba. Tomó una determinación; escribió a su pérfido ex-amante una larga carta, que concluía con este párrafo: «Contéstame; si lo haces, demasiado sabes que te lo perdonaré todo; si no, tendré la convicción de que amas a otra y no te escribiré más.»

Parece ser que esta carta obtuvo respuesta.

Cuando los dos banqueros se encontraban en alguna parte y especialmente cuando se despedían, era de ver la expresión entre satisfecha y compasiva con que Ruiz miraba a Ranz, como diciendo:

—¡Pobre hombre!

En este estado las cosas, trascurrieron cerca de veinte días. Una mañana estando Rosario asomada a los cristales de un balcón, vio a Joaquín que venía hacia la casa; y con esa esperanza inagotable de la juventud, sintió un movimiento de alegría. Como supuso que el joven vendría a ver a su padre y como este, a aquellas horas, siempre recibía en su despacho, la pobre joven se fué al gabinete contiguo, desde donde en otra ocasión había oído cosas que ella no podía olvidar. No está bien hecho escuchar detrás de una puerta, pero en casos semejantes merece alguna disculpa. Desgraciadamente esta vez se confirmó el antiguo adagio que dice: *que el que escucha oye su mal*.

Joaquín entró en el despacho en donde estaba el banquero, con la fisonomía radiante.

—Mi querido protector, —le dijo,— creo que he resuelto el problema.

—¿De veras?

—Sí señor.

—¿Ranz consiente?

—No es eso. Repito a V. que no quiero arriesgarme por segunda vez. Demasiado sé a qué atenerme. Tengo un proyecto más seguro.

—Dí.

—La robo.

—¿A quién? ¿a la hija de Ranz?

—Sí señor.

—¡Soberbio! ¡maravilloso! ¿cómo no se me habrá ocurrido a mí? ¡Magnífico! Descubro en tí una nueva faz; eres poeta, artista, tienes el *quid divinum*. Vamos, explícame, estoy impaciente por saber...

—Es un plan sencillo como todo lo grande. Mi principal se va a Madrid por dos ó tres días y aprovecho la ocasión.

—Es natural.

—Una sola cosa me preocupa. Sería absurdo ir al ferrocarril. Había pensado alquilar un vehículo cualquiera; pero si lo hago yo mismo, daré que sospechar. ¿Quiere usted encargarse?

—Eso sería descubrirnos, porque teniendo yo tres carruajes propios, claro es que se comprenderá que no obro por mi cuenta... ¡Ah! ¡qué feliz idea! sírvete de mi berlina.

—Sería abusar...

—Tómala, no seas tonto.

—Pero...

—Te lo mando. Punto concluido.

—Piénselo V., querido protector. El señor de Ranz se extrañará, le pedirá a V. cuenta...

—¡Bah! me importa poco del señor de Ranz. Demasiado sabe que no tengo las mismas ideas que él. El es vulgar, comerciante desde la cabeza a los pies, y no me ha de obligar a que yo lo sea. Yo no imito a nadie, ¿comprendes? Además, hay un medio de conciliarlo todo.

—¿Un medio?

—Ingeniosísimo. Atiende. Te largas, me escribes cuatro letras diciéndome que te has permitido la libertad de usar mi carruaje. Enseño tu carta a tu principal fingiéndome encolerizado; luego por una hábil transición concluyo por encontrar chusca la aventura... en fin, corre de mi cuenta; pienso pasar un buen rato.

—Pero ¿cómo justificaremos el medio de que yo me lleve la berlina?

—No tienes inventiva, te ahogas en poca agua. Verás de qué modo tan natural. Voy en mi carruaje al casino, tú estás allí y te lo llevas; el cochero estará advertido. Pasado un rato salgo y me sorprendo ante el portero de no encontrar mi berlina, habiendo mandado me esperase. Vuelvo a subir al círculo y me quejo de la torpeza de los criados, ó de la broma, si han querido darme, y por último, me voy a pie ó mando por un coche de plaza. Todo el mundo se entera y *tableau*.

—¿Señor de Ruiz, es V. inmenso!

—¿Tú crees?

—¡Divino, obeliscal!

—O... o... o... ¿Cómo es esa palabra?

—Obeliscal.

—Es magnífica: no la conocía. ¡Tengo tantas ideas en la cabeza!

—¿Cómo ideas? ¡mundos, universos y...

—¿Y dónde llevas a tu bella fugitiva? ¿Te vas a América?

—Ni por pienso. Quiero morir aquí; mi ingrata patria tendrá mis huesos. Nos detendremos a una ó dos leguas

de Valladolid en la primer posada que encontremos. Vendrá el padre a buscarnos, pero como la hija está comprometida no tendrá más remedio que entrar por el aro. A los ocho días me caso, a los nueve meses soy padre y a los veinte años soy abuelo, abuelo millonario.

—¡Soberbio! Pero en todas las posadas, fondas, etc. etc., de los alrededores conocen a Ranz, y si hay alguno que le avise a tiempo de evitar el escándalo...

—A media noche no es probable.

—Pero puede suceder y entónces llega Ranz, te da de bofetadas, se lleva a su hija, la guarda bien en lo sucesivo, la casa lo más pronto posible y te quedas a la luna de Valencia.

—¿No he dicho a V. que mi principal se va a Madrid?

—Pero quedan su mujer y la tía de Isabel.

—Es verdad.

—Es mal negocio, malo.

—Sí, tiene V. razón... Ya veo. Si V....

—Si yo... ¿vamos, qué?

—No me atrevo.

—Habla, ¿no me conoces?

—Pues bien, si V. me... me...

—Te veo venir, te calo, te adivino. ¿Quieres que te deje mi posesión de las Veletas? ¿no es eso?

—¡Es V. tan bueno!

—Bien, hombre, sí; te la presto, lo que tú quieras. Esto dará realce a la aventura: ¡como me voy a reir de Ranz! Allí estarás mejor que en un fonducho y evitarás las contingencias. Hé aquí lo que soy; te me presentas con una idea embrionaria, te la tomo, me la asimilo y te devuelvo una obra maestra. ¿Eh? A propósito; en la carta que me escribas disculpándote de haberme tomado la berlina, incluye también las *Veletas*.

—¿No podrá V. dictarme la carta ahora?

—No hay inconveniente. Escribe.

—Diga usted.

—Mi estimado y respetable señor de Ruiz: me he permitido la libertad de tomar la berlina de V. El banquero de Madrid, Salamanca, que tiene quince carruajes en su cochera, se ve muchas veces en la necesidad de alquilar un coche, a consecuencia de que sus amigos han dispuesto de los suyos. V. que es el prototipo del buen tono, comprenderá perfectamente estas cosas. Una persona querida y que pertenece a la mejor sociedad ha mostrado deseos de visitar la magnífica colección de cuadros y objetos de arte que V. ha reunido en la posesión de las *Veletas* y no era conveniente (subraya el conveniente) llevarla en un carruaje de alquiler. Se trata de un asuntillo (subraya el asuntillo) del cual hablaré a V. al oírlo cuando nos veamos. Dispense el atrevimiento, como lo que es V.; un hombre superior.—¿Eh? ¿qué te parece?

—¡Admirable!

—¿Verdad que sí? Ahora falta una *postdata*, un final... ingenioso... Escribe... aguarda... Escribe, *Postdata*... *post*... Escribe: «No diga V. nada de esto a mi principal, porque va a suponer que le robo su hija ó su caja» ¿Eh? ¿qué opinas de la cartita?

—Que es V. sin par en el mundo. Corro a avisar a Isabel.

—Yo advertiré a mi cochero. Pierde cuidado.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

V

El joven se dirigió a casa de su principal y en el vestíbulo encontró a Isabel, que quizá le esperaba. Cambiaron algunas palabras en voz baja, y él entró en el despacho del banquero, que todavía no había salido para Madrid. Desde aquel instante se sucedieron los acontecimientos con una rapidez vertiginosa, y fueron tantos que no aciertó a relatarlos con la debida claridad.

Los marcaré por horas.

RAMON DE NOVELDA

(Continuará)

LA ÚLTIMA NOTA

No hay escuela filosófica que cuente con tanto número de afiliados, ni secta que pueda registrar tantos mártires como el amor propio. Entre todas las debilidades del hombre ésta es, sin duda alguna, la mayor y la más extendida en la especie.

Esto me decía no há mucho tiempo un maestro compositor de música, español, cuyas partituras no sólo son populares en nuestra patria, sino que han tenido la fortuna de traspasar los Pirineos y de ser muy aplaudidas en Francia, Italia y otras naciones. Y como demostración de su aserto, me refirió la siguiente historia que yo tomé por leyenda, pero que él me aseguró ser relato verídico.

Ello fué que en un pueblo del antiguo reino de Nápoles vivía no há muchos años un lord inmensamente rico, acompañado de su hija, tipo espiritual en cuyos ojos azules parecía transparentarse el cielo de su alma.

Isabel era el ángel y la voluntad de la casa: lord Melvil había abdicado completamente en su esposa la dirección y gobierno de la familia, y al perder a tan querida compañera, su hija había heredado, con los inmensos bienes que aquella poseía, el mando en jefe de la casa.

Harto discreta para conocer el carácter de su padre, respetaba sus horas, sus días de spleen, que lord Melvil dedicaba generalmente a tocar el violín, permitiéndose de cuando en cuando adular la ejecución del artista en el arte de Paganini.

Este era el mejor, el más legítimo testimonio de cariño

que pudiera darle su hija. En labios de persona extraña hubiérase parecido tal vez una burla sangrienta, no por que él tuviese opinión de no merecer elogio, sino porque era naturalmente malicioso y desconfiado. Pero su hija no podía engañarle, y su hija era artista de corazón; sentía el arte y amaba la belleza.

Cuando Isabel dedicaba alguna lisonja a la maestría de lord Melvil, éste debía juzgarla como justa y desapasionada.

El palacio que había comprado lord Melvil a la muerte de su esposa, y al que había trasladado su residencia en unión de su hija, única familia que le quedaba, era un templo del arte en todas sus manifestaciones. Isabel había encerrado en aquel recinto inmensas maravillas de varias épocas, de diversas escuelas y de notables autores.

Allí todo era artístico, menos los solos de violín del propietario. ¡Pobre hombre! ¡Cuánto hubiera dado él por asombrar al mundo filarmónico, por recorrer las naciones de Europa ofreciendo conciertos, aun cuando fuesen gratuitos, por el solo é inapreciable gozo de verse aplaudido, admirado por los dilettanti de todos los países civilizados!

Esta idea no se borraba de su imaginación. Pensó en llamar a un profesor que le perfeccionase en el violín, pero temía que aquel mismo pudiese participar a la sociedad filarmónica de Nápoles que lord Melvil estaba aprendiendo a tocar el violín, y este temor le detenía.

Así las cosas, ocurrióle buscar un secretario; el que le prestaba este servicio había envejecido sirviendo a la familia del lord, y había muerto hacia pocos días.

—Puesto que necesito un secretario, exigiré a los pretendientes que entiendan de música, que lo demás es fácil de aprender.

No tardó mucho tiempo lord Melvil en ver cumplidos sus deseos: algunos días después de publicar el inglés el anuncio en la prensa italiana, se presentó un aspirante: era un joven de hermosa figura é inteligente fisonomía, conjunto artístico, modales distinguidos y dulce carácter. Escribía perfectamente, poseía alguna ilustración y era un artista: tocaba el violín regularmente, según dijo en su presentación a lord Melvil.

Apénas oyó esto nuestro inglés llamó con precipitación a un criado y mandó que le trajese uno de los violines del repertorio, y por si el criado cometía alguna indiscreción ó tardaba mucho tiempo en volver, salió él mismo de la habitación, suplicándole al joven desconocido que le dispensase por algunos segundos.

No habían transcurrido quince, cuando volvió a entrar en la sala con un magnífico violín en la mano.

—¡Stradivarius! —exclamó el joven en cuanto le vio.

—Es verdad, —afirmó el inglés con cierta alegría y sorpresa a un tiempo.

—Tengo uno igual, —añadió el joven con sencillez.

—¿Igual a este? —preguntó con extrañeza un tanto mortificado en su amor propio lord Melvil.

—Del mismo autor, pero mejor conservado.

—Podrá ser, —contestó el lord procurando ocultar su disgusto y añadiendo para sí: —¡Estos pobres son tan vanidosos!...

La prueba fué un verdadero exámen, un concierto.

Lord Melvil, ébrio de júbilo, llamaba a voces a su hija y abrazaba al desconocido.

—Ven, Isabel, ven, —gritaba, —¡somos felices! es decir, ¡soy feliz!... no, bien había dicho, porque mi felicidad es la tuya, y tú te regocijarás cuando lo sepas, y tú te entusiasmarás cuando le oigas... Hija, toca más que yo ó por lo menos tanto.

La joven miraba con asombro a su padre y como temerosa de que se hallase su razón extraviada.

Momentos después, el desconocido repetía una de las piezas delante de la hermosa hija del lord.

Pero en las melodías había más dulzura, más expresión en las notas, más inspiración en las frases musicales que llegaban en toda su fuerza al corazón de Isabel.

—Es cosa original, —repetía extasiado lord Melvil; —ahora suena mejor que antes y...

La joven felicitó al profesor cuando terminó la ejecución de su obra.

Después del triunfo artístico, excusado es decir que quedó admitido como secretario de lord Melvil y maestro de violín; pero esto último con la mayor reserva.

Y quedó casi admitido con otro cargo que no había de desempeñar por el interés de la remuneración material en dinero; otro cargo más elevado, más digno; quedaba casi admitido en el corazón virginal de Isabel; pero esto no lo sospechaba el lord, ni él, ni quizás tampoco ella. Estas cosas se sospechan tarde, y a veces cuando las sospechas se convierten en evidencia, no se está a tiempo para poner remedio.

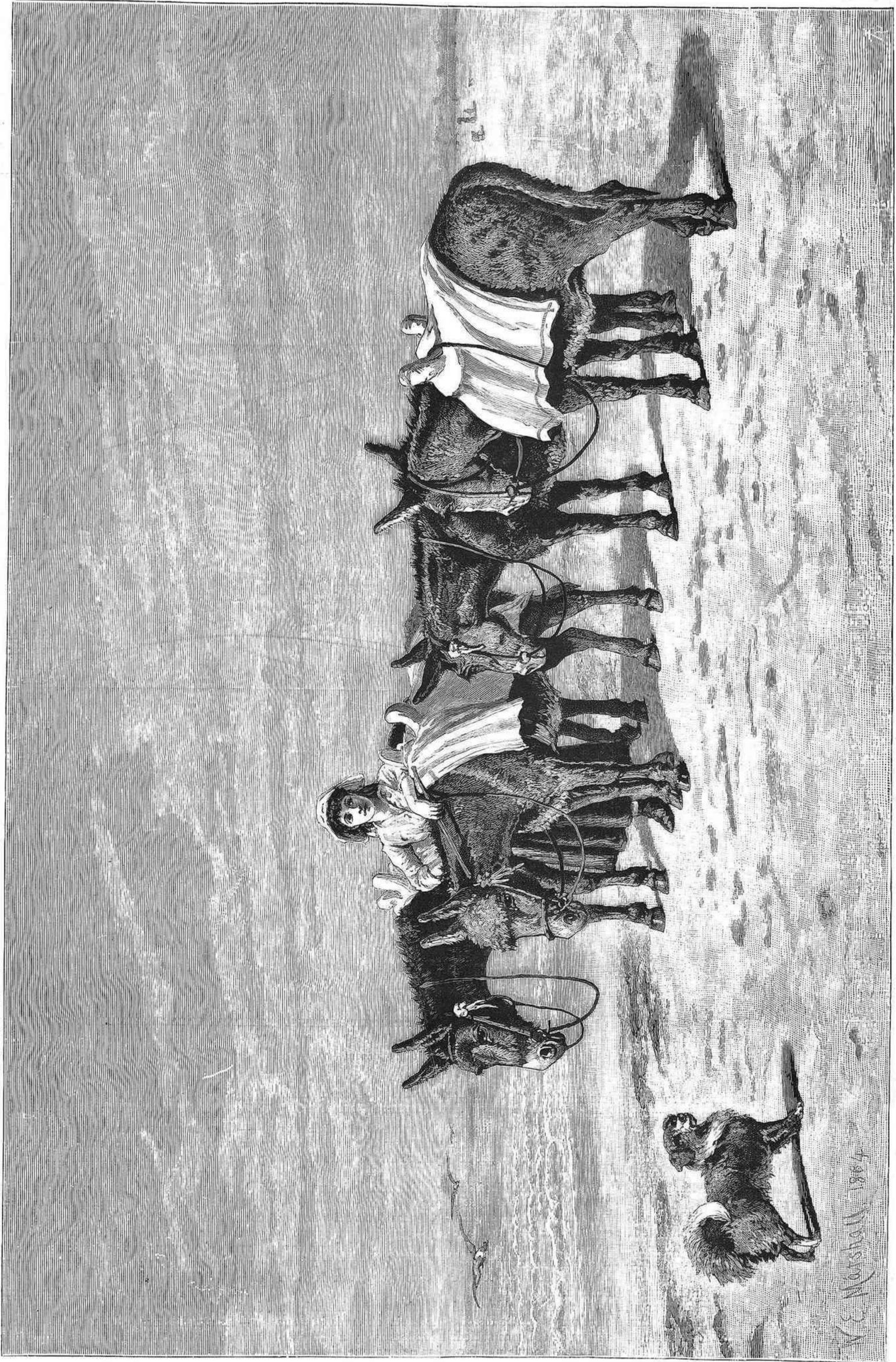
Angel, que así se llamaba el joven artista, era huérfano y había vivido en Roma, su patria, bajo la tutela de un tío, eclesiástico de no muy alta jerarquía, pero sí de conocido talento y amor al arte. Deseaba el muchacho volver en busca de nuevos horizontes, y la muerte de su tío le obligó a buscar un medio con que atender a sus necesidades. El anuncio de lord Melvil le ofrecía un porvenir, y hallándose en Nápoles, acudió a solicitar el puesto de secretario.

A partir desde aquel día, Angel era considerado como un individuo de la familia; vivía en el palacio de lord Melvil, quien le encarecía las virtudes, las raras prendas de Isabel y su belleza, como si hubiese menester el muchacho aquellos elogios para amar a la hermosa criatura.

El mismo trabajo empleaba el lord al hablar con su hija del profesor, que así le denominaba; no parecía sino



DESPEDIDA AFECTUOSA, cuadro por J. R. Wehle



ESPERANDO PARROQUIANOS, dibujo por W. E. Marshall

W. E. Marshall 1864

que el buen padre procuraba quedarse sin su hija ó ganarse un hijo más en Angel.

Poner leña en el fuego es fomentar el incendio, y en asuntos de amor pueden tanto las conversaciones en ausencia de la persona querida, referentes á ella, que aún las malas ausencias suelen convertirse en provecho del que es asunto de la censura y de la calumnia.

No necesitaban tanto los muchachos para llegar á inspirarse mutua simpatía, después amor recíproco, pero ardiente, apasionado. Isabel no había experimentado nunca tan dulce afecto, y sabido es que los primeros amores de un corazón virginal son tan tiernos, tan apasionados, que es inútil en el curso de la vida buscar otra pasión que los iguale.

Desde el primer momento había encontrado la joven en el secretario el tipo ideal de sus sueños; la imagen vaga, indecisa, sin contornos ni color, había tomado forma, y por cierto muy superior á la que convencionalmente pudiera darle la fantasía de la hija del lord; esta fué, desde que vió al artista, la opinión de Isabel.

Y como en estos casos lo único que es preciso para que los pensamientos se traduzcan en palabras y las palabras en acciones, y los ensueños en realidades, es la ocasión, y no había de faltar á los enamorados, puesto que vivían bajo el mismo techo; no tardaron mucho tiempo en llegar á comunicarse sus mutuos afectos.

Lord Melvil había pensado en reunir en una misma persona los cargos de secretario y profesor; pero no pensaba en el de yerno. La casualidad reunía los tres.

No llegó á su noticia tan pronto como puede suponerse, el mutuo amor de los jóvenes, pero no permaneció oculto por mucho tiempo, como puede también suponerse; estos afectos convierten á los atacados en instrumentos imprudentes de la publicidad que huyen, y el lord se apercibió de lo que ocurría ó de lo que pudiera ocurrir, á tiempo de evitar consecuencias desagradables; pero no de contener el torrente de la pasión.

Léjos de enfurecerse, como los jóvenes temían, pensó en el arte, y su orgullo y su cariño se detuvieron ante la consideración de llegar á ser un verdadero profesor de violín con las lecciones de su secretario. Tomó sus medidas para evitar, en cuanto fuera posible, cierta intimidad y holgura que para verse y hablarse habían tenido los enamorados, y esto con tacto y discreción, de manera que ellos no se apercibiesen y todos vivieran satisfechos.

—Sea yo andando el tiempo un Paganini ó algo ménos, y luego ya veremos lo que hago en el asunto de mi hija. Lo malo será que para entonces mi pobre Isabel no podrá resignarse á obedecerme... pero ¡bah! es joven, y, viajando, olvidará esos amoríos.

Un suceso inesperado llegó á favorecer los proyectos de los amantes y á decidir de su fortuna.

Acababa de llegar á Nápoles el Príncipe heredero de Inglaterra con varios personajes: lord Melvil, que fué á

saludar al Príncipe, con cuya amistad se honraba, creyó deber de amistad y galantería obsequiarle con un banquete en su magnífico palacio. Aceptó el Príncipe muy gustoso la invitación del acaudalado y distinguido lord, y quedó convenido que al siguiente día asistiría al banquete.

Repartió Melvil invitaciones á los principales personajes de Nápoles, y todo se dispuso convenientemente.

—Buena ocasión—pensaba,—para lucir mi maestría en el violín; pero el caso es que si luego me ocurre lo que en el concierto que di hace un año... ¡No lo olvidaré jamás! aquella imprudencia me obligó á romper mis relaciones con medio Nápoles, como rompí con la Gran Bretaña.

Lord Melvil había sufrido dos desengaños horribles en otros tantos conciertos con que había obsequiado á sus amigos de la buena sociedad londinense y á varios napolitanos. En una y otra ocasión observó que, ejecutando piezas delicadas y dramáticas, los ancianos se dormían y los jóvenes reían á carcajadas.

—Pero ahora no es lo mismo,—pensó—tengo un profesor á mi lado, y yo... yo no soy lo que fui: hoy toco de otra manera, hoy puedo lucirme.

Esta monomanía de lord Melvil, en otro que no fuera hijo de Inglaterra, hubiera bastado para que lo sujetasen



EL CERCADÓ AJENO, cuadro por Jonnard

á observación, por lo ménos; pero en caso análogo se encontrarían algunos miles de individuos en la oscura Albion.

El monomaniaco llamó á su secretario, y encerrándose con él en su despacho, le dijo sin más preparación:

—Angel, lo sé todo.

Al oír estas palabras de melodrama, el joven se estremeció; adivinaba aquel *todo* y se consideraba despedido, separado siempre de ella, de su amor, de su vida.

—Tranquilízate, lo sé todo.

No podía casar en su imaginación Angel aquella tranquilidad con el descubrimiento de su delito; que para un lord debe ser hasta un delito enamorarse de su hija un cualquiera, sin posición, sin derecho al amor, suponiendo que este fuera derecho legislable.

—Estoy resuelto—continuó lord Melvil—á haceros felices; sé que os amáis, no me importa lo demás; pero una sola condición te impongo.

Angel aguardaba con ansiedad.

—Serás el marido de mi hija, si mañana me haces tocar siquiera como tú; ya sabes que tengo que obsequiar á mis invitados: esta es mi condición.

Poco le faltó á Angel para caer sin sentido; aquello era tanto como expulsarle de la casa; pero no era posible negarle al padre de su Isabel que tocaba como un profesor sin exponer la felicidad que le prometía.

Sin embargo, no habían de oír su gimnasia de violín personas á quienes pudiera suplicarse la indulgencia, y si Angel consentía, ¿qué iba á pasar allí?

Durante algunos momentos vaciló; después, instigado por su amor, respondió:

—Si milord me promete seguir en los más pequeños detalles, como en todo, mis consejos, respondo de ello.

—En absoluto, manda y te obedeceré como tu discípulo, porque además te honraré presentándote al Príncipe y á todos mis amigos y demás personas invitadas.

—Convenido.

La noche y la hora indicada llegaron: el concierto, que tuvo buen cuidado de anunciar á todos y cada uno de los convidados lord Melvil, había de celebrarse en un elegante salón cerrado, dispuesto para el objeto; pero en el frente del sitio que debían ocupar los convidados, había una puerta cubierta con una elegante y riquísima colgadura de damasco azul con oro.

Allí debería colocarse el concertista, según disposición de Angel.

—Es una diablura,—decía el lord.—¡Vaya un tornavoz que me preparas! ¿No ves que se perderán las notas?

—Pues eso es lo que quiero, que se apaguen; los sonidos serán más dulces,—replicaba el joven sin saber cómo justificar su disposición.

Hízose todo á gusto de Angel, y el concierto fué brillantísimo. Hablando después con su hija, el mismo lord Melvil declaraba con franqueza que, aunque se conocía bien, nunca se hubiera tasado en tanto precio.

El Príncipe salió entusiasmado: las damas saludaban

con entusiasmo á nuestro lord, y muchos personajes le abrazaban: el heredero del trono de Italia le suplicó que invitase al monarca para otra reunion, ó que desde el momento se dignase aceptar invitacion en su nombre para Roma, en cuyo palacio regio seria oido con entusiasmo.

Fué inútil que lord Melvil tratase de presentar á su maestro y secretario: habia desaparecido.

Cuando volvió á presentarse en la casa, el artista improvisado le abrazó con efusion.

Pocos dias despues la hija de lord era la esposa de Angel.

Pensó lord Melvil en acudir á Roma; habia recibido invitacion del monarca para ello, y quiso que le acompañase su nuevo hijo; pero una enfermedad repentina le impedia complacerle, y el lord se dispuso á acudir solo.

Cuando Angel lo supo, saltó del lecho y envió á detener á lord Melvil.

—¡Hola! — exclamó éste sonriendo; — ¿celos de artista, eh? No temas, que yo declaro siempre á quien debo lo que sé; soy agradecido y...

Angel no se atrevia á hablar, y no sabia qué pretexto alegar para detenerle.

Por último la confesion fué necesaria.

—Pues bien, — le dijo; — aquella noche, perdonadme, quise salvaros y lo conseguí: el arco de vuestro violin estaba impregado de grasa, y las cuerdas habian sido reemplazadas por otras para que no produjesen sonidos.

—¡Cómo! — exclamó con terror el viejo.

—Detrás de la cortina tocaba yo uno de vuestros stradivarius.

—¡Miserable! — rugió colérico el inglés

—¡me engañaste!

—¡Quise salvaros!

No habian trascurrido quince dias, cuando se vió atravesar las calles de Nápoles un cortejo fúnebre que acompañaban multitud de personas distinguidas.

—Es el cadáver de lord Melvil, — decia la muchedumbre; — un hombre inmensamente rico, inglés, y artista de primer órden.

¡Qué sarcasmo! ¡Cuando le mataba el desengaño! Sin embargo, si él hubiera podido oír las palabras del vulgo, que le calificaba de artista, hubiera resucitado.

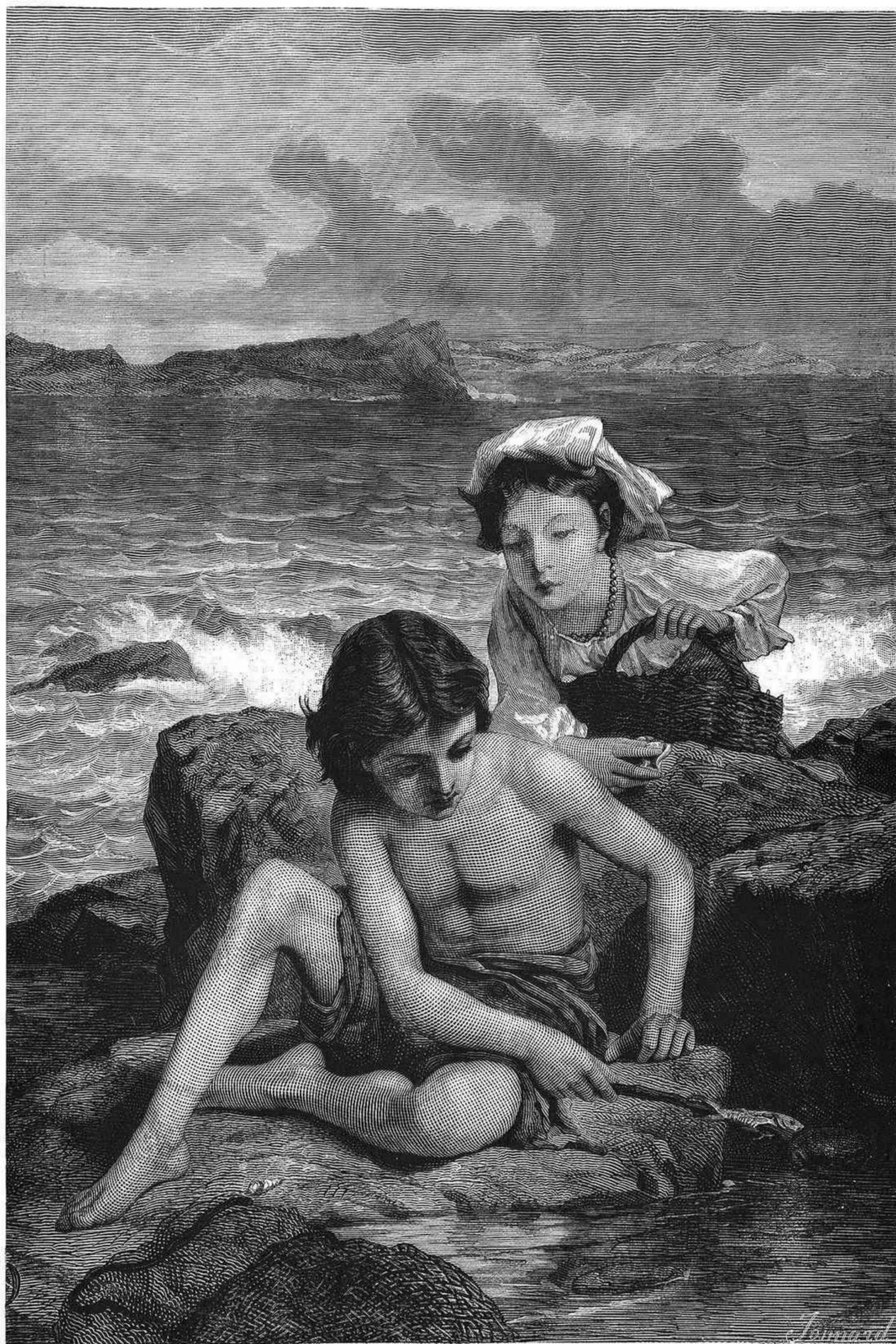
Aquellos últimos compases de su vida debieron ser horribles.

E. DE LUSTONÓ

LOS NUEVOS CUERPOS SIMPLES

Cuantos, siguiendo el desenvolvimiento de las modernas doctrinas de la Química, quieran darse cuenta del mecanismo que en su formacion siguen todas las sustancias que en esta ciencia se estudian, necesitan, si ha de guiarles en sus estudios criterio puramente científico, fijar claramente la nocion de cuerpo simple.

Si quiere saberse la razon é importancia que esto en-



LOS NIÑOS PESCADORES, cuadro por Jonnard

cierra, no hay más que fijarse en el significado de tal nocion ó concepto. ¿Qué significa, en efecto, la idea de cuerpo simple? ¿es, por ventura, suerte de módulo de toda combinacion ó algo semejante á límite de las reacciones químicas? ¿ó debe considerarse mero concepto provisional, que señala el límite variable de lo imposible, dentro de los medios de que dispone el análisis para determinar la constitucion de los cuerpos á él sometidos?

Dado el actual progreso de la Química y admitido el sentido mecánico que informa toda la parte racional de esta ciencia, el cuerpo simple no es, ni elemento indestructible á modo de piedra angular cimiento de toda combinacion, ni aun materia irreductible y simplicísima, elemental é indescomponible, ni siquiera sustancia material, convertible en otra de mayor sencillez y derivando, por esta razon, de otra primitiva sustancia, especie de punto misterioso en el que se realizase la unidad de la materia. El cuerpo simple tiene hoy significacion, provisional y transitoria, es cierto; pero más amplia y lata, como más amplio es el círculo en que el espíritu se mueve y agita cuando discurre y piensa acerca de los fenómenos químicos, y eleva su interpretacion á una de las categorías del pensamiento, que consti tuyen en la ciencia la parte hermosa, consagrada al pensamiento y á la razon, que muy por sobre los hechos se coloca.

El significado y valor actual de la idea de cuerpo sim-

los nuevos empléanse en ensayos de antiguo estudiados, de una parte se sabrán más propiedades y determinaránse nuevos límites, y como de otra los procedimientos, multiplicándose á su vez, permitirán ir más lejos en punto á descomposiciones y desdoblamientos, la diferenciacion de la materia podrá ser mayor y de tan prodigiosa manera el número de cuerpos simples aumentaria indefinidamente.

Se confirman estas previsiones en los descubrimientos realizados merced al análisis espectral y en las fecundas aplicaciones de los métodos de disociacion á los compuestos químicos, resultado al cabo de mero cambio de estado irreversible.

* *

Muy modernamente, tanto que casi con la mano, — si así puede decirse, — tocamos el tiempo en que esto ha sido, abrióse inexplorado y nuevo campo en el estudio de los cuerpos simples. Las tierras de la *erbina*, de la *ytterbina*, la *gadolinita* y la *samarshita* sometieron á detenidos análisis y vigorosas determinaciones, empleando para ello métodos tan variados como ingeniosos, nuevos y perfectamente científicos. Y estos trabajos y análisis, — efectuados las más de las veces con auxilio del espectroscopio — trajeron á la ciencia el valioso descubrimiento de elementos novísimos, hasta al presente ignorados; pero de tales

ple, tal como se desprende de las modernas ideas acerca del fenómeno químico, no son otros sino considerar á este cuerpo simple como límite variable de la escala del análisis, es decir, barrera más allá de la cual son insuficientes los medios experimentales para reducir los cuerpos á sustancias más simples ó elementales.

De modo alguno quiere decir esto que no sea posible extraer por reduccion ó desdoblamiento de los elementos químicos, otras sustancias todavía más sencillas. Muy al contrario, todas las presunciones de los químicos que gozan mejor fama, y los más recientes trabajos acerca de la disociacion, dejan entrever la posibilidad de realizarse la concepcion teórica de la multiplicacion de esas sustancias que por ser base de las combinaciones, consideránse en la Química como elementales ó simples. De este modo se camina en sentido opuesto á aquella antigua hipótesis que parecia demostrar la posibilidad de ir reduciendo todos los cuerpos simples, viniendo á considerarlos como derivados no más de otra sustancia simplicísima y elemental, que en la Química representaria algo semejante ó parecido á la primera y sencilla expresion de la materia.

Conforme á la anterior idea el número de cuerpos simples, muy léjos de reducirse, debe aumentar cada dia; pues no otra cosa parecen, sino funcion de los procedimientos y métodos analíticos; así se concibe cómo á medida que se conoce mayor número de reacciones á la vez que los medios de análisis adquieren más extension y desarrollo, y ya los antiguos á nuevas sustancias se aplican, ó

tudios se dedujo la existencia de los siguientes cuerpos simples: *Escandio*, *Holmio*, *Tulio*, *terbio*, *Decipio*, *Filipio* y *Samarrio*, de cuyo significado, caracteres y métodos de determinación me propongo dar sucinta idea en el presente artículo.

De bastante tiempo descubiertas, de antiguo estudiadas sus sales, no eran casi conocidos—á no ser los más comunes—los metales terrosos, ni aun dentro del grupo se marcaban con claridad los caracteres diferenciales en cada uno de ellos. A estar dotados los individuos de propiedades enérgicas y definidas, á ser el grupo, no un punto de transición, sino clase perfecta, á semejanza de los metales propiamente dichos ó de los metales alcalinos, á poder haberlos aislado, sin mezcla alguna de sus óxidos,—porque ha de observarse que la mayoría de los metales terrosos apenas se obtienen puros,—seguramente fuera perfecto su conocimiento. Hoy todavía, á pesar de los excelentes trabajos realizados en los últimos tiempos, reina nada pequeña confusión, que el estudio espectroscópico de los óxidos terrosos despeja poco á poco, respecto de la existencia de ciertos cuerpos de la clase de los metales terrosos. Los grupos de la *ytria*, de la *cerita*, de la *erbina* y de la *yterbina* no están determinados de manera definitiva, aunque el progreso de su estudio trajo á la Química el contingente importante de los nuevos cuerpos simples há poco citados.

A fin de apreciar, con toda claridad, el valor de los modernísimos estudios, examinaré los diversos grupos de tierras y en cada uno haré notar los cuerpos encontrados y los descubrimientos más recientes acerca de cada uno de ellos, según aparecen consignados en muchas y muy importantes memorias y notas, entre las que merecen citarse las escritas por el profesor de Ginebra M. Soret.



EL DOCTOR DON RAFAEL SEIJAS, canciller de la Legación de los Estados Unidos de Venezuela en Madrid

* *

A.—*Grupo de la ytria*.—Señalar el equivalente de esta singularísima tierra, era el objeto principal de M. Marignac al comenzar sus clásicos trabajos, con los cuales ya desde el principio determinó Soret, en el grupo de la *ytria* la existencia del *erbio*, del *terbio* y de otro metal, que llamó *X*, y Marignac, en la misma tierra, descubrió el *yterbio*, cuya existencia confirmaron Nilson y L. de Boisbaudran.

Es de observar, para hacer patente lo difícil y minucioso de este trabajo, que fué preciso descubrir y aislar las tierras nuevas *yterbina* y *erbina*, cuyos equivalentes son 131,3 el de la primera y 126,7 el de la segunda.

Se estudia el *yterbio* empleando su cloruro disuelto en 50 equivalentes de agua. Esta disolución no presenta raya de absorción alguna en la parte visible y en la región ultravioleta del espectro; obsérvanse sólo dos debísimas trazas, que de seguro no pertenecen á la *yterbina*; una de ellas parece coincidir con la posición de la raya característica de la *erbina* y acaso sea debido á que esta sustancia no puede eliminarse en absoluto de la *yterbina* á quien de continuo acompaña. Son hermanas gemelas unidas por vínculos estrechísimos y no pueden aislarse á no ser por medios violentos que rompan sus lazos. Distinguese la otra traza en la porción roja, mas no pertenece, según indicara al principio Soret, ni al *yterbio*, ni al *erbio*, ni al *holmio*; pues el mismo sabio corrige el error en uno de sus últimos estudios.

Llevando la separación de la *erbina* y la *yterbina*, hasta todo el alcance de los métodos que la ciencia permite emplear, de la *yterbina* obtenida,—y claro está que se obtiene en el mayor grado posible de pureza,—separó M. Nilson el cuerpo simple *escandio*, que Clève ha estudiado, asignado á su tierra el equivalente representado por el número 45,3. Distinguese este cuerpo porque su espectro de absorción no presenta faja ni raya de ninguna clase.

La tierra llamada *X* por Soret, estudióla Delafontaine, quien llegó á descubrir otra tierra, que al principio creyóse análoga á la nombrada *X*; mas luego se reconoció que esta última tenía mayor equivalente; pues mientras el de la tierra que fijó la atención de Soret se representa por el número 108, la nueva tierra, á que se dió el nombre de *filipina*, tiene por equivalente 98. Los últimos trabajos realizados sobre ella han permitido comprobar la existencia de un cuerpo simple,—el *Filipio*,—caracterizado porque su espectro de absorción no presenta rayas.

Clève, estudiando con detenimiento y constancia el espectro de la *erbina*, pudo aislar al metal nuevo *Holmio*, idéntico, según posteriormente aparece demostrado, al elemento *X* de Soret. Caracterízase el *Holmio* por la gran cantidad de rayas que su espectro presenta, rayas cuya intensidad es en extremo variable. Puede con verdad decirse que todas las regiones del espectro, desde el rojo extremo hasta el ultravioleta presentan rayas de este metal, singularmente la última porción del mismo espectro.

después de excelentes observaciones acerca de este punto, llegó á separar una tierra, la cual, purificada convenientemente, se pudo caracterizar por notabilísimo espectro de absorción.

Después de este trabajo. M. Soret, en una nota preliminar dirigida á la Academia de Ciencias de París, ha dicho, apoyándose en minucioso estudio del asunto, que era posible la existencia de dos nuevos cuerpos simples, el último de los cuales, ya aislado, nombró Lecoq de Boisbaudran *Samarrio*.

Hasta aquí todo el trabajo y esfuerzo dirigido al perfecto conocimiento de las tierras de los grupos *ytria* y *cerita*. Realizó en ellos el análisis espectroscópico, verdaderos prodigios que nadie puede negar; pero cabe preguntarse si realmente existen como tales los cuerpos simples que se dicen descubiertos recientemente en los óxidos terrosos. Es evidente que reina gran confusión en este asunto y nada puede afirmarse sino lo que los hechos demuestran, esto es, que el grupo de los metales terrosos se conoce muy poco y reclama largos estudios. Aun con sólo esta afirmación positiva, son importantes en grado sumo los trabajos ejecutados; porque únicamente de este modo, rectificando errores y alcanzando, en la escala del análisis, límites cada vez más lejanos, es como se consigue el verdadero adelanto en el conocimiento perfecto de las cosas.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO

También Clève tuvo la fortuna de aislar, en este mismo grupo de la *ytria*, otro elemento al cual dió el nombre de *Tulio*, caracterizado por presentar una raya de absorción en la parte roja del espectro. El equivalente aproximado de la tierra del tulio es 129,8.

En estos últimos días el físico inglés William Crookes de una parte, y de otra el insigne descubridor del *galio* Lecoq de Boisbaudran, el primero por una felicísima aplicación de las propiedades luminosas de la *materia radiante* y empleando el segundo procedimientos delicadísimos, volvieron de nuevo sobre el asunto de la *ytria*. La Memoria de Crookes es un verdadero modelo de sagacidad de análisis, y en ella demuestra cómo este cuerpo abunda en la naturaleza más de lo que se cree y tiene reacciones espectroscópicas perfectamente obtenidas y características y por lo que al trabajo de Lecoq se refiere, diré tan sólo que llega á resultados admirables y del mayor interés en lo que al estudio de los óxidos terrosos se refiere, siempre en sentido de arrojar luz sobre tan difíciles problemas de la Química mineral.

* *

B.—*Grupo de la cerita*.—Mejor que en el otro, puede caracterizarse en este grupo la presencia del nuevo cuerpo simple *Decipio*, caracterizado por un espectro con rayas de absorción. Clève señaló primero el número 124 como equivalente de la *decipina*; pero corregido luego por sus nuevos trabajos, resultó ser 130.

De otra parte, Delafontaine notó que con el espectro del *didimio*, obtenido de la *samarrita* no se encuentran ciertas rayas que se hallan experimentando con el mismo cuerpo extraído de la *cerita*, lo cual puede hacer suponer que este producto contiene dos elementos. Comprobóse la diferencia de los dos espectros y de modo concluyente en un magnífico trabajo de Lecoq de Boisbaudran, quien,

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa; y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. — *Ornamentación*, 2 tomos. — *Escultura y Griptica*, 1 tomo. — *Pintura y Grabado*, 1 tomo. — *Cerámica*, 1 tomo. — *Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la colección completa de la obra de F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicación será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON